

Condena

CONCHA PELAYO

Condena

Concha Pelayo

Condena

Vision Libros

© Obra: Condena

Primera edición: Diciembre, 2022

© Autora: Concha Pelayo

ISBN: 978-84-19310-91-0

Maquetación y diseño por Grupo Editor Vision Net
© Imagenes de cubierta e interior: Paco Somoza

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Prólogo

He aquí un libro de obligada lectura para que la clase política entera y, "del Rey abajo", todos los servidores públicos, lo lean, lo mediten y actúen en consecuencia. (Temo que no sucederá así).

La historia de estas páginas, tremendas, acredita que, en ocasiones, el destino escribe derecho sobre líneas torcidas. Concha Pelayo se propuso realizar una serie de entrevistas a reclusos, pero, tras la primera conversación con un tal Pablo, le fue prohibido seguir con su proyecto. Ante tal situación, la autora, interesada por la materia, decidió preguntar a diferentes profesionales vinculados con el mundo de la reclusión. Sus respuestas sinceras, inquietantes, profundas y humanas entretejieron un esclarecedor tapiz: Un director de cárcel, funcionarios de diferentes talantes, un criminólogo, un médico, un sacerdote, un psicólogo, y algún otro recluso; todos ellos con una arriesgada y convincente sinceridad, van exponiendo en estas páginas diferentes visiones, con un resultado que sobrecoge al lector sensible.

Merecería la pena que los ciudadanos de a pie nos asomáramos al terrible drama de quienes sufren el castigo de la cárcel, que equivale a un enterramiento en vida. Toda prisión es el recinto de la monotonía, de acciones sin sentido, del tiempo congelado para el que nada espera.

La lectura de este libro produce la impresión de que se hace poco aún por la reinserción de los reclusos, en acciones faltas de una mejor coordinación; y así, la eficacia de un trabajo tan delicado queda supeditada a la buena voluntad de los profesionales.

Al cruzar el umbral de un recinto penitenciario, y al paso que se abren y cierran puertas, verjas y cerrojos, con sus secos sonidos, aparece en la mente del visitante la inscripción de la entrada al Infierno, en la Divina Comedia de Dante: *"Perded toda esperanza, vosotros los que entráis aquí"*.

Casi parece imposible no sucumbir allí a una insoportable depresión, o incluso a la desesperación. Por eso, a pesar del esfuerzo que realicen las instituciones correspondientes con programas de reinserción, con la asignación de "internos de apoyo", etcétera, la población reclusa en España presenta una tasa de 22% de suicidios superior a la media europea. Según datos rastreables en Internet, en el año 2020 acabaron con su vida 64 internos; 14 de ellos pendientes de sentencia firme.

No se diga frívolamente, en descargo de la conciencia, que los penados "algo habrán hecho". Claro que habrán delinquido. (¿Todos? ¿La justicia es infalible?). Pero, aun así, convendría recordar la manoseada idea de Ortega y Gasset, en Meditaciones del Quijote: *"Yo soy yo y mi circunstancia; y si no la salvo a ella, no me salvo yo"*. Lo que, aplicado a la situación del recluso, vale para considerar que, en su misma circunstancia, cualquier otro individuo hubiera corrido el riesgo de caer en delincuencia.

Además, no todos los individuos disponen de capacidad para salvar su circunstancia de manera autónoma. Algunas situaciones límites resultan casi insalvables. Ahora bien, para eso vivimos en la gran familia de la nación. La sociedad y sus responsables públicos deberían buscar incansablemente la posibilidad de sacar bien del mal; en el caso, obtener joyas preciosas de la piedra en bruto, que eso puede ser un recluso.

Porque los internos presentan capacidades sobradas para irradiar destellos de luz a la sociedad. Quizás resulte una tarea

imposible en ocasiones; pero se ha de trabajar con la utopía de que siempre es posible intentarlo.

Tal reflexión debería invitar a la ciudadanía a algún tipo de solidaridad y misericordia con las cerca de 50.000 personas que sufren prisión en España, al día de hoy. (Se trata de una cifra afortunadamente decreciente).

Los reclusos son los más pobres entre los pobres, pues ni siquiera se tienen a sí mismos. Son los "descartados" por excelencia. Incomodan y no se sabe qué hacer con ellos.

Llama la atención que la visita de autoridades a los centros penitenciarios –siempre inquietante–, brilla por su casi total ausencia. Los candidatos no presentan en ellas sus programas, ni solicitan el voto en vísperas electorales: tal esfuerzo no resultaría rentable. Se puede afirmar que hay una desafección social hacia el turbador mundo de los centros de internamiento.

La privación de libertad trae consigo consecuencias psicológicas muy graves: reacciones y distorsiones afectivas, cognitivas y perceptivas, acrecentadas por la tensión emocional del ambiente penitenciario.

En mi primera juventud visité la prisión provincial de Palencia, que distaba unos cientos de metros de mi casa. Se me quedó grabada para siempre la imagen del inodoro instalado, sin separación alguna, en la celda. Era inevitable imaginar su utilización, tremendamente desagradable, sobre todo en habitáculos compartidos.

Por cierto, en aquella misma prisión, unos años antes, al amanecer del 19 de noviembre de 1959, Santiago Viñuelas, violador y asesino de una joven, había sido ejecutado a garrote vil. Recuerdo que viví aquella madrugada –inclemente, fría y

ventosa–, como una experiencia desgarradora pensando en la tortura inimaginable de aquel pobre ser humano que, minuto a minuto, se acercaba a su muerte, espantosa e inevitable, con plena conciencia.

Por el contrario, otras experiencias carcelarias me han abierto en el alma la esperanza en el diamante. En mis tiempos como director de Radiocadena española–RTVE en Canarias, creé un programa semanal denominado "Abre la muralla" que elaboraba, con sorprendente calidad, un grupo de reclusos de la prisión de El Salto del Negro, y que era escuchado por sus familiares y amigos, y por muchos otros seguidores de la emisora, con creciente interés.

Pero la experiencia más reveladora sucedió cuando, hace pocos años, impartí una conferencia en un presidio de Castilla y León. Allí me llevó un buen amigo que, de manera altruista, asistía a los internos. El director del centro me sugirió que desistiera, y me predijo que unos pocos reclusos, dudosamente interesados, se colocarían en primeras filas, desperdigados y en actitud indolente; y que la mayoría se distribuiría por la sala en pequeños grupos, pues aprovechaban ese tipo de actos, y las sesiones de cine, para trapichear entre ellos. Y así ocurrió.

Con voz firme y fuerte, y cargado de la emoción que me producían tantos seres humanos hundidos en la miseria de la falta de libertad, me dirigí a ellos, en singular, con estas o muy parecidas palabras: *"Usted, amigo, que está pudriendo sus años de vida en este recinto cruel, es la persona más sagrada del mundo para usted mismo. Usted, que sufre impotente su falta de libertad, es el ser más digno de respeto para usted. Usted que ha violado, y quizás asesinado, a quien era tan mujer como su propia madre, como su esposa o como su hija, es el ser más digno de su propia tolerancia. Usted, que ve desmoro-*

narse poco a poco el amor de su propia familia, y experimenta el paulatino abandono de los suyos…, usted es el hombre más digno de comprensión y de perdón por parte de su más leal amigo que jamás le abandonará, y que es precisamente usted mismo. Usted, mi querido amigo, es el ser humano de un valor superior al de cuantos han nacido, viven y nacerán en los siglos venideros, hasta el final de los tiempos…". (Revivo la emoción de aquella tarde, al escribir estas líneas).

Me extendí en consideraciones similares a lo largo de aquella apasionante e inolvidable hora; consideraciones en las que creo profundamente pues soy consciente de la olvidada amistad con uno mismo: sólo yo podré acompañarme para cruzar las fronteras de la muerte, cuando los míos, por ley biológica, no puedan seguirme. Es decir, no estaba haciendo ante los reclusos un ejercicio retórico, o de puro teatro, sino que me expresaba desde lo más profundo de mi ser.

El ambiente en aquel salón de actos se fue tornando sublime e inenarrable. Poco a poco, todos los reclusos fueron dirigiendo su mirada hacia mí; los indolentes, iban alzando sus cabezas a medida que yo hablaba. Me parecía que cada frase que salía de mis labios levantaba una de las muchas losas que les mantenían enterrados en vida.

Comencé a percibir que muchos ojos, de aquellos hombres endurecidos por la vida, se arrasaban de lágrimas… Al cabo, comenzaron a sonar los timbres llamando a la cena. Cerré de inmediato mi charla; pero los reclusos –todos– hicieron fila para abrazarme uno a uno. Yo nunca había sido abrazado tan intensa y duraderamente. Algunos, cuando yo les soltaba, se apretaban más aún a mí. Quise entender que, en silencio, me decían "usted me ha abierto una pequeña ventana de esperanza".

Si las pobres palabras de un conferenciante desconocido reblandecían de tal manera las entrañas de aquellos reclusos, cabe albergar la utopía de que es posible convertir en hoguera el rescoldo de ternura que anida en el misterio de toda persona, también de nuestros reclusos, dotándoles de los conocimientos, habilidades, herramientas y principios imprescindibles en todo proceso de crecimiento personal, de socialización y de reinserción.

Concluyo el prólogo de este libro, escrito con finura exquisita por Concha Pelayo, manifestando que en España mantenemos encerrados a 50.000 diamantes en bruto; porque nada como el sufrimiento para acrisolar las almas, y lograr quizás que algunos o muchos penados se convirtieran en verdaderos maestros de vida, y en líderes sociales capaces de extender mensajes colectivos de superación, no desde el estudio teórico, sino desde el dolor y desde las heridas psicológicas más sangrantes.

Viene a cuento evocar las profundas transformaciones personales, e incluso acciones heroicas, que se han gestado en las famosas prisiones de Robben Island, de la Isla del Diablo, de Alcatraz, y seguramente en tantas otras en todo el mundo. También en ellas han madurado liderazgos históricos y sublimes creaciones literarias. Valga mencionar a Nelson Mandela y a San Juan de la Cruz, entre tantos otros fácilmente recordables.

Con este libro, Concha Pelayo ha puesto una primera y solida piedra sobre la que bien podría construirse un monumento a la esperanza, incluso contra casi toda esperanza.

Ángel Lafuente Zorrilla
Locutor Presentador de TVE



De mi archivo rescato un borrador que escribí sobre mi experiencia con el mundo carcelario pero que, por motivos ajenos a mi voluntad, quedó archivado en un cajón.

En él cuento mi encuentro en la cárcel de Topas con un recluso con el que tuve una conversación para un proyecto que me rondaba desde hacía tiempo y que consistía en entrevistar a varios presos, cada semana o cada quince días, para, posteriormente, hacer un libro.

A mí, al contrario de lo que le ocurrió a un amigo cuando fue a visitar una cárcel por primera vez, que le temblaban las piernas, a mí no me ocurrió nada de eso, ni sentí temor alguno cuando esperaba, ansiosa, a que se abrieran las puertas, una a una, para acceder al interior del Centro Penitenciario de Topas. A mí me embargaban la emoción y el nerviosismo al mismo tiempo, ante lo que iba a encontrar allí.

El Centro Penitenciario de Topas se denomina así por estar situado en esa localidad salmantina, justo en el límite con la provincia de Zamora. Lo había visitado anteriormente, en una ocasión, cuando acababan de construirlo y estaba todavía inactivo. Nos invitaron a unas pocas personas que habíamos manifestado nuestro interés en conocer el centro. Recuerdo que, en aquella ocasión, mientras caminábamos por las diferentes estancias, un gatito, a nuestro lado, se enredaba en nuestros pies. Al reparar en él, uno de los funcionarios que nos acompañaba dijo: "pobre gato, la vida que le espera". Yo no supe interpretar aquella frase, pero más tarde me enteraría de que en las cárceles, a los gatos, cuando tienen la mala suerte de aparecer por allí, los presos les arrancan los dientes para servirse de ellos sexualmente. Me costó mucho entender lo que quería decir

aquello y después asimilarlo. Durante mucho tiempo, cada vez que veía a un gatito mi recuerdo me llevaba inevitablemente a aquella atrocidad.

La prisión de Topas me impresionó desde el primer momento al descubrir un centro modernísimo dotado de diferentes instalaciones que me parecieron de lujo dada la calidad de los materiales que se apreciaban, tanto en la estructura exterior como en su interior. Reparé en las diferentes canchas deportivas donde se podía practicar todo tipo de deportes como baloncesto, voleibol, tenis…También había piscinas, tanto cubierta como exterior; incluso hasta las tapias o paredes exteriores estaban decoradas con pinturas que recreaban bosques o campos verdes. Todo era espacioso y bonito. Ya en el interior, se podían ver amplios pasillos decorados con preciosas litografías de pintores famosos. Uno de aquellos corredores o pasillos se dedicaba a los encuentros amorosos cuando los reclusos recibían visitas de sus parejas. Recuerdo que las celdas eran confortables y estéticamente muy agradables y funcionales. Los sanitarios, de acero inoxidable, formaban un cuerpo que unía el lavabo y el inodoro. Todo refulgía. También nos mostraron las cocinas y los diferentes talleres para los muchos trabajos que se desarrollan allí. Las cocinas, modernísimas, no tenían nada que envidiar a la de cualquier hotel de lujo, así como las peluquerías, bibliotecas, salas de estudio, etcétera. Todo, en fin, me pareció un lugar perfecto para que los reclusos tuvieran una vida agradable y una perfecta reinserción.

Contrastaba este centro Penitenciario de Topas, tan moderno y nuevo, con la antigua cárcel de Zamora que también había visitado en una ocasión acompañada por el director, un buen amigo, al que había manifestado mi interés por visitar el centro. Siempre me ha llamado la atención el mundo de las cárceles y las vidas de las personas que tienen que ser recluidas. Siempre

me han interesado los motivos que las llevan allí. Aquella fue la primera vez, por tanto, que visité una cárcel.

Precisamente, por aquellos días, había ocurrido un suceso terrible en Zamora, que ocupó durante mucho tiempo los medios de comunicación: Un ciudadano muy conocido y respetado por la sociedad zamorana había entrado en prisión por haber asesinado, con la ayuda de su propio hijo, a un joven que abusaba de su hija, algo deficiente, reiteradamente. La familia no aceptaba aquella situación bajo ningún concepto, aunque la joven se encontraba tan feliz. Por este motivo y viendo que nada podían hacer para romper aquella relación, un día, citaron al joven en un descampado y le pegaron dos tiros.

No me olvidaré de ese día y de la impresión que me produjo la presencia de aquel hombre. Me sorprendió verlo allí, sabiendo los motivos que lo habían llevado a prisión, y encontrarlo en la cocina, friendo huevos en una gigantesca sartén. Recuerdo que su mirada se cruzó con la mía mientras nos saludamos cortésmente. Entonces, sí sentí cierto nerviosismo cuando nos saludamos porque la situación era violenta para mí y mucho más violenta para él, imagino.

En otra ocasión, por Navidad, me informé del número de reclusos que había en aquella cárcel, hoy abandonada, y compré un paquete de tabaco para cada uno. Yo acostumbraba a dar paseos en bicicleta por aquel lugar, muy tranquilo y sin tráfico, y siempre que lo hacía mi cabeza cavilaba sobre ese mundo que se escondía detrás de aquellos muros e intentaba adivinar la vida y los motivos que llevaron a aquellas personas a acabar allí. Se decía que había varios presos de ETA y yo sentía una enorme curiosidad por todo lo que podía pasar allí adentro. El día de Nochebuena, por la tarde, me acerqué con mi bolsita con las cajetillas de tabaco y se las entregué al funcionario que estaba en la puerta, no sin antes hacerle saber mis intenciones.

También, en esa vieja prisión de Zamora, muy próxima al Duero y a las ruinas de las Aceñas de Gijón, se rodó la película Celda 112. Curiosamente, por aquellos días de rodaje, yo paseaba por allí como de costumbre y una tarde me sorprendió el ruido y las voces que venían del interior. Pronto supe que se trataba del rodaje de la película.

Pero volvamos al Centro Penitenciario de Topas cuando fui a entrevistar a mi primer recluso.

Al contrario, a mí no me temblaron las piernas, ni nada que se le parezca, sino que me latía el corazón vigorosamente por la emoción que me producía el encuentro que iba a mantener con uno de los internos. Por motivos obvios lo llamaré Pablo, aunque éste no era su nombre, con quien mantuve una conversación por espacio de dos horas en las que me contó su vida y los motivos que le llevaron a prisión.

El día fijado llegué a la cárcel donde me presenté al funcionario que estaba en la entrada. Tras el pertinente protocolo para las visitas pasé a una sala contigua donde me hicieron esperar. Al poco rato apareció el director de la cárcel y tras los saludos comenzamos a caminar. Las puertas iban abriéndose y cerrándose a nuestro paso con un ruido metálico que no me resultaba desconocido. Había visto muchas películas y documentales y mi oído lo había retenido en la memoria, por eso eran muy reconocibles para mí. Por fin llegamos a una sala donde se encontraba Pablo. Hechas las presentaciones el director se alejó dejándonos solos a los dos.

Había una mesa pequeña y dos sillas, una frente a otra. Una vez tomamos asiento comenzó la conversación sin ningún protocolo. Pablo era muy abierto, comunicativo y acostumbrado a la gente, además me llamó la atención, desde el primer momento, su facilidad de palabra y su fluidez en el lenguaje.

A cada pregunta mía, Pablo me respondía con una larguísima respuesta, que ilustraba con datos concretos y precisos haciendo referencia a esto o a aquello, reflexionando sobre un asunto u otro. Pablo me contó su vida, me habló de lo divino y de lo humano, de la política, de la religión, del deber, del honor, de la familia, del amor, del desamor…de Pinochet, de Garzón, de Felipe González; entonces presidente de Gobierno, de la Justicia, del Tribunal Constitucional, de Oubiña, de las mujeres, de las madres, de las prostitutas, del PP, de la homosexualidad, de los presos de ETA, de los GAL, de Amedo, de Kafka, de Freud, de los FIES (Régimen Interior de Especial Seguimiento). Guardé como un tesoro, en más de veinte folios, nuestra conversación que fui grabando en cinta. Hasta me permitió que le hiciera un par de fotografías que se las envié por correo. Aunque he intentado rescatar los negativos no los he encontrado, por tanto, no tengo copias. Entonces no había cámaras digitales. Yo no la tenía, al menos.

Durante el tiempo que estuvo en la cárcel, Pablo estudió Derecho obteniendo, con éxito, su Licenciatura. Me contó que llevaba preso desde hacía quince años. Entró con 24 por *robar para consumir, no por tráfico.* Entonces estaba a punto de cumplir 40 años y saldría muy pronto. Su familia, de clase media alta, le esperaba y le apoyaba. Su padre, me dijo, era ingeniero industrial y su madre licenciada en Filología Francesa. Durante todos aquellos años, nunca perdieron el contacto. La condena se le fue prolongando en la propia cárcel por otras causas.

Nos despedimos quedando como unos buenos amigos y me pidió que le escribiera, aunque le comenté que como iría a ver a otros presos tendría oportunidad de verlo alguna vez, pero tal cosa ya no ocurrió porque no se me permitió volver.